

entonaciones optimistas a los hombres que hoy día tienen en sus manos la faena educativa.

Vale la pena leer estas páginas diáfanas, porque en ellas late presente una visión, una dedicación y—lo que es más—un amor auténtico.—MARIO CÉSPEDES. ✓



OTRAS POESÍAS ÁRABES. *Traducción de Benedicto Chuaqui*

Siempre que Benedicto Chuaqui publica algún libro yo me quedo pensando en la bella trayectoria de esfuerzo y de perseverancia en todos los aspectos de su vida. Pienso en aquel chiquillo que en su tierra de Homs, gastaba las escasas monedas que solía conseguir, para emplearlas en comprar alguno de esos folletos en que se hablaba de heroicas hazañas o de hechos en que acaso el amor también entraba a figurar en ellas como para iluminarlas con su idealidad. Después Benedicto Chuaqui atravesó los mares y vino desde su remota tierra a nacer a una nueva existencia completamente distinta de la que hasta entonces viviera. Trabajó en los más humildes oficios, pero llevaba en su mente el pájaro azul de la inquietud que no le abandonó jamás. El ha contado sabrosas incidencias que le ocurrieron en los años en que todavía era un muchachito de 13 ó 14 años y trabajaba heroicamente para ganarse el pan de cada día, sin más ayuda que la que pudiera prestarle su propio esfuerzo y denuedo. Hay en la vida de Chuaqui una página que me parece sencillamente conmovedora por la elocuencia de su significado. Valiéndose de su precario conocimiento del español y con la ayuda de diccionarios y preguntando afanosamente el significado de alguna expresión que no alcanzaba a comprender en todos sus matices, logró traducir una novela escrita en árabe. Fué una lucha difícil y heroica. En los momentos que le quedaban libres en su tiendecita de la calle San Pablo o de la Avenida Matucana.

logró dar cima a esa primera aventura literaria. Sin ayuda de ninguna especie, un buen día vió ese libro publicado. Y entonces deambuló por todas las redacciones viendo la manera de enfrentarse con los importantes personajes que son los directores de diarios. Las esperas en un rincón para que después ni atendieran su tímida demanda. El único que le oyó con atención y con interés, acaso con dulzura, porque es un espíritu grande y generoso, fué Jorge Gustavo Silva, director entonces del diario «La Mañana». Pero el libro no tuvo acogida dentro de un público que ni siquiera había oído jamás nombrar a Chuaqui. En ninguna parte consiguió que se dijera algo de su esfuerzo, de sus sueños, de su ansia de encontrar alguna repercusión a su inquietud. Entonces ideó una forma pueril y casi de niño para ver si conseguía lectores. Subía a los tranvías con algunos ejemplares de esa novela y al bajarse dejaba como olvidado un ejemplar sobre el asiento. Pero casi siempre había alguien que le alcanzaba diciéndole: —Señor, señor, se le quedó este libro. Entonces él lo recibía con aire casi trágico. Con deseos de decirle: «Por favor, acéptemelo como un regalo».

Fueron pasando los años. Chuaqui ganó dinero, mucho dinero, y lo perdió a veces, después volvió a rehacerse. Pero su fervor de escritor nunca se apagó. Era como una lumbré que acariciaba su sueño. Hasta que allá por el año 1938, consiguió publicar un libro original. En esa oportunidad, le fué fácil hacerse de amigos escritores y seguir adelante. Y tanto fué así que en la actualidad vemos que su lista de obras, entre traducciones y originales, alcanza a dieciséis volúmenes.

En esta ocasión Benedicto Chuaqui ha tenido la buena ocurrencia de dar a conocer al público de Chile a nueve poetas árabes contemporáneos. Antes hizo lo mismo traduciendo a otros de tiempos muy lejanos. En esa ocasión obtuvo un franco éxito, pues consiguió interpretar con hondo sentimiento poético el pensamiento y la sensación de belleza que esos poetas desearon manifestar de acuerdo con los tiempos y con su temperamento.

No hay duda que la raza influye enormemente en la manera de realizar una obra artística.

Acaso en esta ocasión la tarea ha sido para Benedicto Chuaqui más fácil, por varias razones. Una de ellas es que el pensamiento contemporáneo y la expresión estética es más clara, ofrece mayores perspectivas de interpretación. Aunque el alma de un poeta de verdad tiene siempre un hermético recinto, del cual surge únicamente lo que él desea expresar en su mensaje, en la inspiración, hay no obstante, una abstracción en la cual se mantiene íntegramente el motivo recóndito que le insinuó la manera de decir lo que le está quemando adentro las fibras sensibles.

La raza árabe en su sensibilidad es inclinada a poner su gota de filosofía en sus creaciones literarias. Un aire de lejanía, de anhelo inasible, la caracteriza en ciertos aspectos. El símbolo, la parábola y el apólogo, son motivos que les atraen. Benedicto Chuaqui es un apasionado gibranista y conoce bien sus modalidades más secretas. Lo ha traducido en diversas ocasiones y en este libro también aparecen algunas páginas del célebre poeta árabe Gibrán Jalil Gibrán. Seguramente es Chuaqui quien ha sabido llegar mejor a su intimidad, al verterlo al castellano, logrando aprehender sus más bellas concepciones.

Los demás son Nasib Arida, Numat Kazan, Elías Abu Madi, Amin Mushrek, Miguel Nahimi, Jorge Assaf, Amad El Safi Nallafi, Jorge Kehdi. En todos ellos encontramos una vaga tristeza, un deseo de ahondar en el misterio de la vida y de la muerte. Nasib Arida es un espíritu que se retuerce como un árbol agitado por la tempestad. Sus versos tienen una extraña angustia, una ansiedad que es como un paseo por lo desconocido. El alma del poeta es siempre una interrogante. Hay algo de amargo e insatisfecho. Y entonces sueña con que los anhelos se transformen en alas y allá en las rutas del aire o del cielo, acaso se pueda encontrar el camino hacia donde lo llaman sus sueños y esperanzas. Amin Mushrek, se muestra como un dulce soñador en su composición «El violín en la cuna». No espera na-



da de la realidad y cree que sólo los sueños de belleza son los únicos que pueden dar una dicha que la falsía y la veleidad humana no podrán otorgar jamás. En Amad El Safi Nallafi, el lector encuentra reminiscencias de Omar Kayam. El vino alegra los pensamientos. En el fondo de la copa está la imagen de una mujer. Y aunque los años han pasado, una copa nos hace sentir la ráfaga de la juventud. En lo recóndito está siempre la vida con su drama, con sus desesperados anhelos de alcanzar la dicha. Los poetas en todos los tiempos y en todos los rincones de la tierra, no hacen otra cosa que aferrarse a sus ilusiones, y desplegar el abanico de sus quimeras más bellas.

Benedicto Chuaqui ha ido espigando en este jardín en el cual florece el espíritu de su raza. El, con su corazón sensible, con su bondad ingénita, le ha puesto a cada una de las composiciones que tradujo, ese regusto, que es como la reminiscencia de lo que el hombre anhela a lo largo de su existencia. En la esperanza y en el sueño, está a veces la sal de la vida.—LUIS DURAND. ✓